

VI

EL TOPO DE LA HISTORIA¹

Gabriel Salazar V.

Concierto en el foro

En Chile, desde hace ya dos siglos, en el largo y angosto escenario estatal del espacio público, las estatuas declaman, a coro, cítara en mano, los himnos de su Ley. Bajo su pedestal mitológico, en formación espartana, las ‘criaturas de la Ley’ (jueces, policías, funcionarios), sincopadamente, llevan el ritmo con su fe. En el trasfondo, en sordina, los ruidos de sables vigilan el compás. El concierto, épico, rumboso, casi marcial, resuena armónicamente en el pasado, aquende y allende los mares. Excepto por uno que otro díscolo que, llevado por sueños de solista, se cambia de pentagrama; o por uno que otro trueno subterráneo, de bajo fondo social. Mientras, como ángeles de escultura gótica, los apóstoles de la ciencia graban los acordes (sólo los acordes) de todo lo cantado, para oídos de posteridad. O de recién nacido. Y en los escalones intermedios, unidas bajo el armiño rojo del poder, las elites se reverencian mutuamente, con galanterías de Estado, de Iglesia y de Mercado.

El concierto, de potente gobernabilidad acústica, resuena y domina el auditorium, ancho de eco a eco. Apresando los oídos. Silenciando las voces. Reprimiendo la atonía. Pues el flujo musical, como el ojo panóptico de Foucault, desde su altisonante batuta mágica, avasalla todos los escondrijos del auditor. Con inapelables cabalgatas centrífugas. La solemnidad wagneriana (o portaliana) del ‘orden’ concertante, circular y pomposa, ruge sobre sí misma. Pues, como el cielo de las walkirias, es redonda, de ida y vuelta. Tras doscientos años de reflejo continuo, sólo queda su propio mármol, como Narciso.

Los estados chilenos de 1833, de 1925 y de 1980 se han integrado en un mismo concierto monocorde. En un valle longitudinal de dominación acústica. Monopolizando el auditorium de la patria. Nutriéndose del largo silencio de los caídos. Y del foro vacío del ciudadano ausente. Y del hueco servil del auditor desprevenido.

Tras 200 años de narcisismo estatal ¿qué ha sido y qué es de la voz y el oído ciudadanos?

Conversaciones lejanas

Cuando, desde la meseta castellana, el Rey de España blandió el cetro del Imperio y clavó en Santiago el báculo de su reino, los oídos coloniales sintieron eso desde lejos. Desde los villorrios, los pueblos, las aldeas, los lugares ‘de provincia’. Allí donde la altísima voz del Rey – duplicando la de Dios –, atravesando el Atlántico, la Cordillera, los valles, las estepas... llegaba en flecos tenues, desvaídos... Sin autoridad eficiente para acallar – o sojuzgar – la *conversación de los productores*. El canturreo crepuscular del campesino, el martilleo sincopado del herrero, el tintineo metálico del comerciante, la tonadilla melancólica del arriero, el polvorazo alentador del minero, el vozarrón patronal del estanciero, la algazara de los niños en la calle, el platicar de lavanderas en la plaza, el avemaría litúrgico del bodegonero...

¹ Publicado en *La Nación Domingo*, semana del 10 al 16 de enero de 2010, pp. 38-39

En las fronteras provincianas del Imperio, la conversación de los productores se oyó, en todo el valle, sólo a sí misma. Repasando, en silencio para cada una, todas sus leyendas. En un compartido anochecer de sombra y vela, de mate y vihuela. Hasta comprender que eran ellos, todos, los dueños de la tierra. El patriarca y la matriarca de sus ranchos, sus estancias, piques, niños, ganados, yuntas, acequias y sus siembras. Estando juntos, la tierra respondía fértil, generosa. Conversando entre ellos, dialogaban con los cerros, con el agua, con la vida y el futuro. Eran señores en su comuna.

Fue ese concierto social el que, un día, se volvió Cabildo Abierto. Producción, participación, soberanía. Fue allí donde se cantó por primera vez, con polifónica voz comunitaria, el primer canon 'sociocrático' del Estado. Donde se intuyó, cara a cara, la concepción federativa y descentralizada de la soberanía productiva de "los pueblos".

Y fue esa soberanía cabildante la que descuartizó en 1829 el ejército mercenario de Santiago, batalla de Lircay. Fue esa conversación ciudadana la que acalló por dos siglos el Estado de 1833, recolectando a gritos la audiencia nacional requerida por el aria solista de la capital. Por la voz políglota de los mercaderes. Por el do sostenido mayor del autoritarismo central. De modo que el silencio interno impuesto por el 'orden nacional' fue más imperialista e invasivo que el impuesto por el 'orden colonial'...

La fiesta en el margen

Si en el siglo XIX la hegemonía mercantil fue, por arriba, un centralista, parisino y voraz esqueleto clavado como sanguijuela en las riquezas del país, por abajo, en los intersticios, márgenes y baldíos proliferaron, como hordas plebeyas, montoneras de mestizos sin derechos, bandadas de niños huachos sin amparo, peones jóvenes sin tierra ni contrato, mujeres sin pacto matrimonial, baldados sin valía, desertores sin patria ni destino... sumando 60 % de la población. Eran mayoría. Pero sobraban. Constituían un ancho y espeso "desecho social".

Las sobras viven, e incluso se ríen, en el estiércol. Los marginales se equilibran sobre el abismo. Huyen por el filo de la navaja. Entre la vida y la muerte. Entre ser y no ser. Entre la humanidad y la deshumanización. Por eso, en el largo siglo XIX, los jueces dictaminaron: "no tienen Dios, ni Ley". Y como no tenían nada de eso, las elites creyeron que era elegante no respetarlos. Por tanto, se les podía azotar, hombre o mujer, en el rollo de la plaza pública; o colgados de las vigas, en la hacienda, por el capataz. O en la mazmorra de la Inquisición. O en las calaminas del salitre. Se les podía forzar, como presidiarios de jaula, a trabajar. O ir a la guerra encadenados del cuello, pues eran vagabundos, carne de cañón. ¿Para qué pagarles dinero metálico si eran bárbaros? Y si eran mujeres sin familia ni matrimonio ¿por qué no violarlas sin culpa y preñarles huachos sin padre? ¿Y por qué no deportarlas a "casas de honor" para redimirlas, trabajando "a mérito", sin salario? Y si eran "niñitos y niñitas" capturados por el Ejército en Arauco ¿por qué no venderlos o regalarlos a los amigos, como semillitas de servidumbre?... Pues no eran ciudadanos, ni vecinos, ni civilizados, ni compatriotas, ni nada: eran "humanoides". Mercancía. Andrajos. Blanco de fusil.

Por eso, ellos, los "rotos", se fueron a los cerros, al desierto, a las pampas, a California, a Perú, a Australia, a la Patagonia. Buscando. Escapando. Emborrachados por los "derroteros" giratorios de la fortuna. Perseguidos por los jueces, los patrones, el

Ejército. Pero fue inútil: tuvieron que regresar, cabizbajos, humillados, condolidos. Entretanto, ellas, las “abandonadas”, se arrancharon en los suburbios, trayendo en las pretinas sus bandadas de chiquillos. Amasando. Cociendo gredas. Destilando sidras y chacolies. Tejiendo ponchos. Vendiendo hospitalidad, cazuela, canto, baile, sexo. Hasta incendiar los suburbios con sus fondas y “chinganas”. Y fue en éstas donde todos, bajando del horizonte, se fueron reuniendo. Buscándose los unos a los otros. Ellos, los “rotos”, cansados de soledad, rabia, de cerros lejanos, maltratos y de silencio. Ellas, las “abandonadas”, repletas de vida, de huachos, canto, comida, calor humano, baile, y de zamba y de canuta.

Y allí todos *conversaron*. Juntando las memorias del silencio. Intercambiando leyendas lejanas y cercanas, amores frustrados y odios eternos, hazañas y mentiras. Al calor del fogón, del aguardiente y la cazuela. Fundiéndose en un solo cuerpo, en una gran familia extendida de cordillera a mar, de desierto a ventisquero. Y fue allí donde los niños huachos descubrieron que no tenían padre, pero sí un pueblo. Una clase popular completa para sí. Una cultura marginal caliente, salida del horno, pan identitario para cada día. Un carnaval sin término ni comienzo. La eterna fiesta de la vida difícil.

Hasta que, en el centro del baldío, se sintieron libres y altaneros. Llenos de sí mismos. Hasta desafiar al ‘sistema’, poro por poro. Acechándolo día a día. Un insulto por aquí, un asalto por allá, una montonera en plena plaza, una amenaza delictual para cada domicilio, un siglo de bandolerismo y más. Lava subterránea, que la policía portaliana jamás pudo controlar.

Era la ciudadanía del margen. La soberanía, revolcándose en desechos. El temible Arauco mestizo. El socialismo en útero materno.

Temeroso hasta el bolsillo, el Estado de 1833 recurrió entonces a su exorcismo favorito: el Ejército en formación de batalla. Y a la Virgen María ‘cuadrada’ como ángel de la guarda. Y disparó sobre los rotos cuantas veces lo exigió la salud de la Patria. Hasta exterminar el escándalo moral de las chinganas. Hasta excomulgar inquisitorialmente el pecaminoso carnaval popular. Y el festival de la chueca. Y la epifanía de las challas. Imponiendo por doquier, a balazos, la obediencia a la ley (ilegítima), la virginidad mariana (a las mujeres violadas), las letanías a Dios (a los que clamaban soberanía), el terror a la ametralladora (a los que vivían de sus manos).

O sea: hasta que el bajo pueblo ciudadano olvidó celebrar la fiesta de la vida, de su identidad, la conversación de su soberanía...

Desde el fondo de las masas...

El margen contiene dentro de sí más humanidad de la que se cree. Tanto más porque allí la humanidad está comprimida, aplastada contra sí misma. Allí, los hombres y las mujeres están obligados a estar juntos todo el día, apretados unos contra otros. Mirándose la piel, cuchicheándose al oído, tomándose las manos. Abrazándose. No hay mayor sensación de humanidad que cuando, en el límite de la nada (en el fondo del hambre o la tortura), los hombres y las mujeres se unen, bajo una misma fatalidad. Y de esa humanidad lateralizada, comprimida, puede brotar todo. Cualquier cosa. Cualquiera solidaridad, arte o cultura. Cualquier proyecto profundo de re-humanización...

Esa humanidad profunda, apretada contra sí misma, es el “topo de la historia” (Karl Marx). La chispa que no muere. La luz que no se extingue. Y hay que estar allí, en el margen, en el fondo del abismo, para sentir en las venas el *big-bang* que ella contiene. Por eso, los vencidos nunca son vencidos completamente. Los muertos no se extinguen (en la memoria). El cirio de la vida, bajo el vendaval de la injusticia y el olvido, se vuelve hoguera. Magma que excava nueva historia. Esto – que no lo saben ni lo creen los vencedores – es, sin embargo, el maná de la derrota, que desde lo profundo, oculto a los ojos del sistema, alimenta a los vencidos...

Y fue ese maná el que nutrió también, sin que nadie supiera cómo, a las ‘masas’ que fluían y refluían disciplinadamente bajo el mando del Estado ‘desarrollista’ (crecido hipertróficamente de las entrañas del Estado ‘liberal’ de 1925). O sea: a los que esperaban todo (¡todo!) de la digestión estatal; de los resquicios legales, del goteo populista y el cabildear de los caudillos. Pues en el fondo íntimo de las masas titilaba también la luz de la soberanía. Y por eso, un día otoñal de 1957, se aburrieron de la estitiquez estatal y se “tomaron” el centro de la capital. Y relució, a plena luz del día, el cuchillo brillante de la “acción directa”. El zarpazo súbito de la soberanía marginal. Eran los discípulos de los cesantes del salitre que, albergados en la inmundicia, habían salido a la calle a “tomarse” los eriazos, a levantar callampas, cobachas y ranchos para vivir. Y robaron, de los tendidos, su propia luz. Y del río, los caudales necesarios para su larga sed. Y los pobres crónicos que los miraban, aprendieron de ellos. Y la ciudad se cubrió de costras y rancheríos. El ejemplo cundió después como reguero de pólvora: los estudiantes se “tomaron” las universidades; los campesinos, los fundos; los obreros, sus fábricas; los católicos, sus catedrales; la juventud militante, sus partidos. Y la “toma”, para funcionar, necesitaba decisión, audacia, organización, control, vigilancia, orden interno, orientación, producción de objetivos. O sea: soberanía... ¡Y funcionó!

La ‘conversación marginal’ estalló en todos los frentes. Sobre todo, entre 1967 y 1973. A contrapelo del Estado, de los líderes, de la revolución ‘oficial’. Y aparecieron los cordones industriales, las juntas de vigilancia comercial, los comandos comunales, las asambleas del pueblo. Sin que nadie lo ordenara. Sin que ninguna ley lo promulgara. Sin conexión con los programas populistas. Era “*poder popular*” puro y simple. Punto. Una erupción soberana que atravesó el río revuelto de la revolución legal. Un primer puñetazo de revolución verdaderamente ciudadana.

Los caudillos se indignaron. Y alzaron en sus puños el breviario de la Ley. Las masas, inflamadas de aguardiente soberano, siguieron su camino, impertérritas... Era mucho. Fue entonces cuando las armas de la patria, fieles a su rito ancestral, salieron del cuartel atropellando todos los records de represión y tortura, en un sucia “guerra a muerte” contra las raíces de la soberanía y la nacionalidad. Y por tercera vez en 150 años esas raíces fueron barridas como escoria hacia el margen de la sociedad y de la historia...

¿Lograron congelar, por fin, el magma interno de lo barrido?

La marcha del topo

El golpe militar de 1973 arrancó de cuajo, brutalmente, el populismo que creció como callampa en la cresta del Estado liberal (ilegítimo) de 1925. A cambio, instaló en 1980 un Estado liberal (ilegítimo) que abjura del populismo y – dado que su máxima aspiración es globalizarse – también del nacionalismo. Sin embargo, trata a la

ciudadanía lo mismo que su antecesor: como *masa electoral-peticionista*, esperando que ésta fluya y refluya disciplinadamente según mande el rating neoliberal de la gobernabilidad. El viejo populismo ofrecía a las masas desarrollo, ideología, tecnocracia e incluso revolución. El nuevo, abjurando del populismo y del nacionalismo, espera que ‘las masas’ lo sigan donde quiera que vaya, ofreciéndoles a cambio, sólo, simpatías televisivas, besitos electorales, bonos paliativos para cualquier apuro, discursos de estofa iletrada, currícula de especulador exitoso, estéticas de cartel callejero, autocomplacencias varias, batucadas de ocasión, etc. Y esto porque la única propuesta eficaz que permite el modelo actual para resolver los problemas nacionales son los flujos y reflujos automáticos del capital financiero mundial. Además, claro, los laureles ganados como socio del club privado de las 30 economías neoliberales más equilibradas del mundo (OECD); lo que equivale a repetir, un siglo después, el arribista “viaje de estudios” del patriciado chileno a la corte imperial de Napoleón III. Al París cosmopolitizado por el barón von Haussman. Cuando se creía que el elitismo de las elites era la mejor panacea para el desarrollo nacional.

La oferta más eficaz, en todo caso, ha sido el crédito de consumo. La tarjeta “mall” (la mentirosa “ficha-salario” del siglo XXI). Endeudarse para no verse pobre en el espejo. Consumir para no mostrar la explotación oculta. Porque, si antes se ofrecía como utopía a bajo precio una revolución completa; hoy se ofrece como utopía a elevadas tasas de interés una alienación sin término. Sobre cuya neurosis – esto es: sobre la insidiosa ‘plusvalía de circulación’ – se construye el imperio globalizado del capital financiero. Y lo que es peor: las mercantiles ventajas del sistema educativo.

¿Están las ‘nuevas masas’ alienadas sin remedio? ¿Es que el general Pinochet asesinó de verdad la soberanía popular?

Los hechos indican que las mujeres populares iniciaron una larga y localista *conversación* desde 1973. Que los jóvenes populares de hoy – que día a día invaden más y más los campus universitarios – están conversando (y cantando), entre ellos, lo pasado, lo presente y lo futuro. Que los escolares saben más que nunca de asambleas, de revocación de cargos, de purificar la representación democrática, del debate conciente, de la nueva perspectiva nacional. Que los marginales han retejido sus redes, sus prácticas, sus tácticas de asalto. Que los profesionales de municipio saben más que nunca que las políticas sociales neoliberales rebotan en la base, sin remedio. Que la policía está siendo sobrepasada en el norte, en el centro y, sobre todo, en el sur del país. Que todo ciudadano sabe que las elecciones son una farsa, que lo único que tiene real sentido histórico y político es su capacidad y poder para construir por sí mismo – sin intrusión de políticos profesionales ni militares armados – el Estado que este país realmente necesita...

Porque es bueno que se sepa: el topo de la historia no muere ni es jamás vencido. Si no se ve en el espacio público es porque, debajo de éste, en el espacio local y cultural, excava su propio camino... Noche a noche. Al tranco del pueblo. Porque nunca ha sido verdadera ‘masa’, ni mero oleaje de mar, sino un extenso y abigarrado sujeto soberano. Porque, si no hace política convencional, es porque prefiere hacer historia...

La Reina, enero 3-4 de 2010.